

*No entres dócilmente en esa noche quieta*

RICARDO MENÉNDEZ SALMÓN  
Barcelona, Seix Barral, 2020, 185 pp.

**reseña de** Simone Cattaneo

En 2014 Ricardo Menéndez Salmón (Gijón, 1971) publicó *Niños en el tiempo*, una novela desgarradora sobre la pérdida de un hijo por parte de un padre que se asía a la ficción como única arma arrojadiza para sobreponerse a una desesperación que había arrasado los cimientos de su existencia. Seis años después, en *No entres dócilmente en esa noche quieta*, el autor se ve obligado por la muerte de su propio padre a convertirse en un hijo que se aferra a la sinceridad para enfrentarse a sus demonios familiares y personales: «De modo que no sólo había que despojarse de lo aprendido. Había que desprenderse de los artificios de la literatura. Para hablar del padre no bastaba con aspirar a *la verdad de las mentiras*, sino que debía cortejar a *la verdad de las verdades*» (p. 20). Semejante postura parece acercarle a *Tiempo de vida* (2010) de Marcos Giralt Torrente y a *También esto pasará* (2015) de Milena Busquets, dedicados, respectivamente, al pintor Juan Giralt y a la escritora y editora Esther Tusquets. Sin embargo, la figura desprovista de cualquier proyección pública del progenitor de Menéndez Salmón le aleja de los textos citados y le obliga quizás a un reto mayor, un ejercicio de escritura más conflictivo y radical, puesto que su obra se centra supuestamente en una vida anodina, carente de excesos o mitos. ¿Cómo rescatar entonces del olvido a un hombre común y corriente sin ceder a la tentación de convertirlo en un personaje? ¿Hacia cuáles rasgos caracteriales y eventos dirigir la mirada para que su humanidad

no resulte postiza y arroje por lo menos un poco de luz sobre esa oscuridad que la buena literatura intenta disipar?

La forma mejor de alumbrar las tinieblas que nos rodean es elegir el punto en que la negrura es más espesa y allí prender la primera cerilla. El escritor asturiano, de hecho, comienza su viaje al fondo de la noche relatando el infarto que sufrió su padre a los treinta y ocho años, un acontecimiento traumático que minará la salud de aquel hombre aficionado al tabaco y a la bebida y que repercutirá duramente en su familia y, sobre todo, en su hijo de once años. Ese derrumbamiento físico y psicológico, en efecto, impondrá un peaje de silencios e hipocondría que marcará la adolescencia y la primera juventud de Menéndez Salmón, consciente desde muy temprano de la fragilidad de su propio cuerpo y deseoso de abandonar su casa, convertida en un recinto sombrío sitiado por la enfermedad. He ahí entonces que el espejo que apuntaba hacia el padre se revela más bien como un espejo de doble cara que refleja también la psicología de quien escribe. Ya lo había subrayado Massimo Recalcati en *Il complesso di Telemaco. Genitori e figli dopo il tramonto del padre* (Milano, Feltrinelli, 2013): «L'eredità non è l'appropriazione di una rendita, ma è una riconquista sempre in corso. Ereditare coincide allora con l'esistere stesso, con la soggettivazione, mai compiuta una volta per tutte, della nostra esistenza. Noi non siamo altro che l'insieme stratificato di tutte le tracce, le impressioni, le parole,

i significati che provenendo dall'Altro ci hanno costituito» (p. 123). No sorprende, por ende, constatar que las calas en el pasado del progenitor sirven para reconstruir la personalidad del mismo novelista, en un juego de correspondencias favorecido por el nombre –Ricardo– que ambos comparten.

Los problemas de alcoholismo, la evasión alucinada a través de historias inventadas para remover las cenizas frías en que se han convertido los sueños juveniles rotos por la edad, un cáncer en la boca que obliga a amputaciones que debilitan aún más un cuerpo ya menguado, la ageusia que borra el sentido del gusto e impide el consuelo de la buena comida, el puntilloso coleccionismo de sellos, monedas y carteleros de cine como una mustia contabilidad de horas y días vividos de puntillas entre el miedo y el desabrimiento, etc. Cada una de las estaciones de este vía crucis laico, que terminó en la Unidad de Paliativos del Hospital de la Cruz Roja de Gijón la tarde del 12 de junio de 2015, pauta, desde una mirada retrospectiva, la carrera literaria de Menéndez Salmón: «[...] las circunstancias de la enfermedad de mi padre influyeron en el hallazgo de la escritura como mecanismo interrogativo por un lado, una especie de gran informe forense acerca de uno mismo y del mundo, y como proyecto consolador por otro, una de las escasas actividades humanas orientadas a dotar de sentido a ese absurdo que es la existencia. No en vano, estoy convencido de que el escritor es el enfermo por antonomasia, y la literatura, una forma de enfermedad en sí misma» (p. 45). A través de esta doble refracción paterno-filial se llega a entender de manera meridiana cuáles son los pilares de carga sobre los que se asienta su trayectoria literaria, por qué son precisamente esos y, por fin, qué relación se establece entre ellos. En un extremo, está la fascinación por el mal, una brillante bola negra y lisa que se desliza por la mayoría de sus libros, derivada de la enfermedad vivida como una injusticia arbitraria e íntima (p. 50); mientras que en el otro está el amor, un sentimiento hecho de pequeños gestos cotidianos que redimen en parte al ser humano y que, a lo largo de

ese trabajoso y largo aprendizaje plagado de contradicciones, incomprensiones y tentativas de reconciliación, ha ido escorándose hacia la bondad, acabando por coincidir con ella, ya que es el único baluarte que puede ayudarnos a resistir quizás incluso a aquellos golpes tan fuertes –como la salud quebradiza y la muerte de un ser querido– que abren zanjadas oscuras en el rostro más fiero: «[...] los últimos años de la vida de mi padre me enseñaron a comprender la importancia capital de la bondad. La bondad es más provechosa que la verdad. Un hombre que hace el bien es más necesario que uno que persigue la verdad» (p. 144).